

Sería el positivismo en Brasil, en Argentina, en Chile, en Perú y en México, la doctrina que inspiró al mismo José Ingenieros (mezcla de Marx y Spencer) y a casi la totalidad de los pensadores que vieron en esta filosofía el instrumento educativo para formar hombres prácticos. El positivismo era bueno porque hacía conscientes a los hombres de su realidad; pero no lo era, en cuanto desechaba experiencias que no tuvieran la supuesta certeza de las ciencias físicas. El uruguayo Enrique Rodó escribió: "El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es la cúpula que la remata". El mexicano Antonio Caso decía: "No basta formar la inteligencia, hay que formar la voluntad".

El positivismo con el que se pensó desplazar la antigua y colonial escolástica, seguía justificando el predominio de determinados grupos sociales, los mismos que se habían empeñado en tomar el lugar, en ocupar el vacío de poder, que la metrópoli española había dejado. En nombre del progreso se seguía sojuzgando y manteniendo una explotación centenaria. Oligarquías y dictaduras ocupaban el lugar de los despóticos señores de la colonia. Así, Santa Anna fundaba escuelas de artes, oficios, agricultura, veterinaria, contabilidad y Administración para dejar bien claro que él era partidario del progreso, de la ciencia, de la educación, para la libertad y el orden y prosperidad de todos los mexicanos y de su gobierno, por supuesto.

El latinoamericano había caído en una trampa. Tratando de escapar de sí mismo, había acabado por congelarse, petrificarse, mientras, a su lado, se alzaba, cada vez más fuerte, el que fuera su modelo, un poderoso pueblo, los Estados Unidos. Los Estados Unidos serían la referencia para medir el progreso y desarrollo de Latinoamérica. El argentino Sarmiento proclamaba: "La dignidad y la posición futura de la raza española en el Atlántico exige que se presente ante las naciones en un cuerpo de nación que un día rivalice en poder y en progreso con la raza sajona del norte". En pocas palabras, Sarmiento quería los Estados Unidos del Sur.

Esta nación, sin embargo, crecía aceleradamente y hacía sentir su presencia en la América Latina marchando hacia su inevitable expansión. México iba a saber de ella, cuando la mayor parte de su territorio fue

ra devorado en los inicios de esa expansión. Por ello, y ante la posibilidad de un nuevo avance, el mexicano Justo Sierra habría de urgir a los mexicanos a transformar su sociedad incorporándose rápidamente en lo que, siguiendo al inglés Spencer, llamaba la Era Industrial. Y era menester hacerlo aceleradamente - decía -, "porque el gigante que crece a nuestro lado y que cada vez se aproxima más a nosotros, a consecuencia del auge fabril y agrícola de sus estados fronterizos y el incremento de sus vías férreas, tiende a absorbernos y si nos encuentra débiles. ¿Cómo fortalecernos?. Siguiendo el ejemplo de los propios Estados Unidos, haciendo de los mexicanos y de todos los latinoamericanos hombres prácticos e independientes de cualquier poder extraño a sus intereses".

Muchos años antes, el chileno Francisco Bilbao prevenía también a Latinoamérica del poderoso vecino diciendo: "El libre pensamiento, el self-government, la franquicia moral y la tierra abierta al inmigrante, han sido las causas de su enardecimiento y de su gloria. Y frente a sus admiradas cualidades se han impuesto el individualismo, con sus propios y limitados intereses, y es por ello que se precipitan sobre el sur". ¿Qué hacer? ¿Despreciar lo que tanto se ha admirado? Por supuesto que no, "no despreciaremos, sino que nos incorporaremos todo aquello que resplandece en el genio y la vida de la América del Norte".

Pero la incorporación debía reconocer lo bueno del sentido latinoamericano, sin dejar de considerar los tremendos esfuerzos por crear un nuevo modelo social. Aquí todo ha tenido que ser reorganizado desde el principio, "hemos tenido que consagrar la soberanía del pueblo, en la entraña de la educación teocrática". Nosotros no vemos en la tierra, ni en los goces de la tierra, el fin definitivo del hombre. El negro, el indio, el desheredado, el infeliz, el débil, encuentra en nosotros el respeto que se debe al título y a la dignidad del ser humano". He aquí - concluye Bilbao - lo que los republicanos de la América del Sur se atreven a colocar en la balanza, al lado del orgullo, de las riquezas y del poder de la América del Norte".

Al terminar el siglo XIX e iniciarse el siglo XX, el mismo orgullo latinoamericano vuelve a surgir. Se habla de una vuelta a lo propio, de un nuevo esfuerzo por destacar lo que ha de ser potenciado y opuesto -

al gigante. Es el momento en que la poderosa nación estadounidense decide participar en un nuevo reparto del mundo. Latinoamérica vuelve a ser la primera víctima de la expansión. El cubano José Martí clamaba: "El buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en conjunto para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo". "El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza, entre lo que es propio de un pueblo y lo que le es ajeno, lo que no se adapta a su espíritu y entorpece su desarrollo".

Y continúa Martí: "Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. ¿Cómo han de salir de las Universidades los gobernantes, si no hay Universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno. A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yankis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. Somos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte América y la montera de España".

Y en franca oposición a la tesis de Sarmiento, Martí apunta: "¿Pero si nos desconocemos cómo podemos hacerlo? ¿Acaso podremos hacerlo destruyéndonos a nosotros mismos? Pues esto es, precisamente, lo que han venido intentando los latinoamericanos en su corta vida como pueblos independientes. A esto equivalió el intento de sajonización de Latinoamérica, en nombre de un progreso que nunca se realizó. Si el utilitarismo es el verbo de los Estados Unidos, nosotros hemos querido hablar el mismo verbo; sin darnos cuenta de que esto origina una nueva forma de colonialismo. La poderosa nación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La imitación es el reconocimiento de que lo imitado es superior a lo propio".

Por su parte, el uruguayo Enrique Rodó, el autor del EL ARIEL, clamaba contra lo que él llamaba la nordomanía. Comprende el pensador urugua-

yo el afán de los pueblos latinoamericano por recuperar el tiempo perdido, por ponerse a la altura de otros pueblos, pero siguiendo siempre sus propios caminos, no negándose a sí mismos.

El hombre integral, El Ariel de Rodó, tenía su igual en el pensamiento del mexicano José Vasconcelos. Vasconcelos escribía LA RAZA COSMICA, la raza cultural que no biológica, que el pírítu universalista de ARIEL haría posible. La raza que haría de todas las razas una sola gran raza. "En la América española la Naturaleza ya no repetirá uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza; lo que allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis, la raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos, y por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión real universal". ¿Por qué en esta América?, Vasconcelos responde: "Porque en esta América, con sus innegables defectos, se han podido confundir, mestizar, las razas. Algo que traía en su modo de ser el ibero que conquistó y colonizó estas tierras, algo que no han podido lograr los orgullosos colonizadores sajones del norte de América. La colonización española creó el mestizaje; esto señala su carácter, fija su responsabilidad y define su porvenir. El inglés siguió sólo con el blanco, y exterminó al indígena: lo sigue exterminando en la sorda lucha económica, más eficaz que la conquista armada. Latinoamérica, en este sentido, es un mundo con porvenir, no así la otra América".

"Están bien definidos los sistemas que, perdurando hasta la fecha, colorean en campos sociológicos opuestos a las dos civilizaciones. Fue por imitar sistemas ajenos que perdimos la oportunidad de crear la comunidad con que soñaba Simón Bolívar. La imitación de lo que no era nuestro en el campo político y social nos dividió marginándonos de la marcha de la historia. Los creadores de nuestro nacionalismo fueron, sin saberlo, los mejores aliados del sajón, nuestro rival en la posesión del continente".

El pensamiento indigenista se abrió paso franco y el sentido del pensamiento de Vasconcelos fue aceptado por todos lados. El mestizo, la raza crisol de la raza universal. La raza cósmica. Una raza que había sido relegada e inmovilizada. Contra esta raza se había pronunciado el

argentino Sarmiento, quien deseaba una América poblada y colonizada por razas que se consideraban capaces de hacer lo que en los Estados Unidos. El boliviano Alcides Arguedas calificaba al indio americano, al mestizo, de plebeyo, ordinario, reductor de las instituciones políticas, sociales y culturales. Nuestros indios eran los responsables que las formas e instituciones europeas no hubieran resultado tan buenas como en los Estados Unidos. El peruano Manuel González Prada, siguiendo el pensamiento de Vasconcelos afirmaba que esa raza vilipendiada podía ser la salvación de las tierras americanas amenazadas por la ambición de las razas que fincan su grandeza en la destrucción de otras.

Decía González Prada: "Los males no son males que provengan de la raza, sino de situaciones impuestas por circunstancias históricas. La raza española no es mala, como tampoco lo es la indígena. El mal lo originó el encuentro de estas dos razas al quedar la una subordinada a la otra; al formarse una raza de amos y otra de esclavos. Esto fue lo que trajo la conquista y la colonización. Nada cambió, tampoco, la República al lograrse la emancipación de España. Otros amos sustituyeron a los que existían, manteniendo la degradación de toda una raza. Moralmente hablando, el indígena de la República se muestra inferior al indígena hallado por los españoles; mas, depresión moral, a causa de servidumbre política, no equivale a imposibilidad absoluta para civilizarse. El indio recibió lo que le dieron: fanatismo religioso y aguardiente".

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

